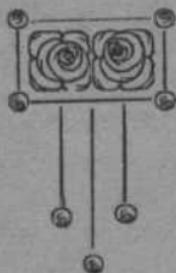


ELADIO GARCIA

---

Concepción Arenal  
y la educación



EL MAGISTERIO ESPAÑOL © MADRID

XII

27

+ .1285055

CARTILLAS PEDAGOGICAS

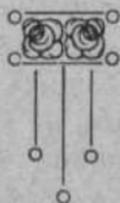
---

CONCEPCION ARENAL  
Y LA EDUCACION

FOR

Eladio García Martínez

Inspector de Primera enseñanza de Navarra



EDITORIAL  
**MAGISTERIO ESPAÑOL**  
Quevedo, 7, Madrid

# Cartillas pedagógicas

---

Con este título hemos comenzado la publicación de una serie de libritos, que formarán la biblioteca del maestro más moderna, instructiva y económica publicada.

El tomo presente es el 11.º aparecido; los anteriores llevan los títulos siguientes:

1.º-2.º *El campo escolar agrícola*, por Agustín Nogués Sardá.

3.º *Don Andrés Manjón*, por Ezequiel Solana.

4.º *Decroly*, por Sidonio Pintado.

5.º *El Maestro de primera enseñanza francés*, por E. Collette.

6.º *Las colonias escolares de vacaciones*, por Sidonio Pintado.

7.º *Jorge Kerschensteiner*, por Rodolfo Tomás y Samper.

8.º *El Maestro de Primera enseñanza suizo*, por Emilio Duvillard.

9.º *Colaboración de los maestros en la orientación profesional*, por José Ballester y Gozalvo.

10.º *Disciplina escolar*, por Joaquín Salvador Artiga.

11.º *Orientaciones para la enseñanza de la Geografía*, por José María Azpeurrutia

**EJEMPLAR, 0,50 PESETAS**



# CONCEPCION ARENAL Y LA EDUCACION

POR

E L A D I O G A R C I A

«La ignorancia, abandonada a sí misma, es invencible.»

C. ARENAL.

Doña Concepción Arenal nació en El Ferrol (Coruña) el 30 de enero de 1820, y murió en Vigo en 1893. Desterrado su padre por los absolutistas, trasladóse con su familia a Madrid, y ello da lugar a que la joven Concepción se distingua por su profunda devoción al estudio. Con tenacidad admirable aprendió varios idiomas en los ratos libres que la dejan las clases de la Universidad, a la que asistía como alumna oyente. Escribió con gran facilidad, pero vaciló mucho antes de dar a la imprenta sus publicaciones.

Contrajo Concepción Arenal matrimonio con D. Fernando García Carrasco, abogado y escritor, y los dos fueron colaboradores de la revista *Iberia*, publicación importante de la época. Sus primeras obras, *Historia de un corazón* y *Fábulas en verso*, revelaron en Concepción Arenal a la escritora que, en una forma literaria irreprochable, envuelve una ideología varonil por la inteligencia, y muy humana por la ternura del corazón que la inspiró.

Muerto su esposo, retiróse la escritora con sus hijos a Potes, en la provincia de Santander, y a Galicia más tarde, dedicándose a escribir y a socorrer a los desgraciados.

**Sus obras.**—Al partir del año 1894 se publicó la colección completa de las obras de Concepción Arenal. Estas son: *El visitador del pobre; La beneficencia, la filantropía y la caridad; Cartas a los delincuentes, La mujer del porvenir, Cartas a un obrero y cartas a un señor, Estudios penitenciarios, Las colonias penales de Australia y la pena de deportación, El derecho de gracia ante la justicia, La mujer española; El pueblo, el reo y el verdugo; Cuadros de la guerra, La mujer de su casa, La instrucción del pueblo, Ensayo sobre el derecho de gentes, El visitador del preso, El delito colectivo, Estudios sobre el pauperismo, Memorias sobre la igualdad.*

Además, escribió muchos folletos e informes sobre asuntos de verdadero interés social, y poesías tan inspiradas como la que lleva por título *Oda a la abolición de la esclavitud.*

Y no obstante su profunda labor de escritora, Concepción Arenal no dejó de atender con todo cuidado y cariño al gobierno de su hogar.

Fué mujer verdaderamente excepcional, como lo atestigua el hecho de que la Asociación Howard, de Londres, para la reforma de las prisiones, al dirigirse a ella nombrándola socio correspondiente, empieza la carta con la palabra *Sir*, creyéndola varón.

---

En el presente folleto pretendemos dar idea, todo lo cálidamente posible, de las obras principales de la gran escritora española y de su influencia en la educación.

---

«Dios señala a cada cual el trabajo según su fuerza». Si he de atenerme a estas palabras de la ilustre pensadora en

cuyo honor se hace el estudio, bien puedo confesar que la mía es inferior al cometido que me propongo. Dar una idea concreta de la profunda labor educadora que Concepción Arenal ha realizado en los aspectos benéfico, social y pedagógico, es algo superior, propio solamente de quien, además de voluntad buena, posea privilegiada inteligencia.

*El visitador del pobre; La beneficencia, la filantropía y la caridad; Cartas a los delincuentes, La mujer del porvenir, Cartas a un obrero y cartas a un señor, La instrucción del pueblo, etc.*, son obras que no basta leer: hay que meditarlas para extraer de ellas la savia vivificadora que en sus páginas dejó la escritora eximia para el mejoramiento social de la humanidad.

Veamos lo esencial de algunas.

Las primeras palabras de quien se proponga hablar de Concepción Arenal, poniendo de relieve el trabajo gigantesco que llevó a cabo, no pueden ser más que éstas: «Si queréis saber hasta dónde es siempre posible llevar consuelos materiales y morales a los desdichados; si, además, queréis averiguar hasta qué punto tenéis obligación de hacerlo, leed sus obras».

A través de su forma bella, experimentaréis dolor, mucho dolor; aprenderéis que la vida, esta vida que tantas gentes viven a ras de tierra, tiene grandes amarguras. Pero sabréis también que viviéndolas cual Dios las impone a sus criaturas, éstas se subliman y acercan a El.

En *El visitador del pobre* y en *Beneficencia, filantropía y caridad*, nos da Concepción Arenal idea del dolor y medios de aliviarlo. El dolor—dice—no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales o deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfección moral. No es, pues, el dolor un enemigo fatal, sino un aliado que ha de acompañarnos en el camino de la vida. Si la sociedad no conociera el do-

lor, sería un conjunto de monstruos repugnantes. El que sólo impresiones gratas recibe, se deprava física y moralmente, se envilece sin remedio. Sólo el dolor cambia los groseros instintos en elevados afectos. El origen de todas las virtudes, de todas las sublimes acciones que ennoblecen la naturaleza humana, en el dolor está.

¿Qué es el amor maternal sin sus penalidades y sus sacrificios? Un instinto grosero. ¿Qué es el amor sin sus inquietudes, sus recelos, sus melancolías y sus tormentos? Un deleite que envilece. ¿Qué es la amistad sin días de prueba? Una ilusión. ¿Qué es la virtud sin combate, la abnegación sin sacrificio, la compasión sin penas, el perdón sin ofensas, el arrepentimiento sin amarguras? Otros tantos imposibles. Y cuando no esté divinizada la maternidad, ni purificado el amor, ni la amistad sea posible; cuando el hombre no sepa vencerse, ni sea capaz de sacrificarse, ni compadezca, ni perdone, ni se arrepienta, ¿DÓNDE ESTÁ EL HOMBRE MORAL?

Del exacto concepto que Concepción Arenal tiene del dolor, nace todo un sistema de educación social. Y esa idea cumbre sobresale en las múltiples obras de la escritora como suave llama que alumbra y caldea los espíritus, encaminándolos hacia lo bueno y hacia lo bello.

Claro es que, al tomar la idea *del dolor* como elemento natural de educación, nos referimos al dolor que eleva y perfecciona, al que tiene cerca el consuelo, por ser obra de Dios. Hay otro dolor, hijo de la injusticia, que deprime y envilece: éste es obra del hombre, y Concepción Arenal, pensando siempre en la perfección social por la educación, vivió siempre, y se ha perpetuado en sus libros, poniendo su sentimiento de intensa elevación y su inteligencia de mujer singular en el ideal generoso de que terminen los dolores sin consuelo debidos a la injusticia de los hombres.

¿Cómo? Ella nos lo dice en sus tres fuertes palabras: queriendo, queriendo y queriendo.

En *El visitador del pobre* se propone nuestra ilustre compatriota aliviar los dolores materiales y morales que vienen de los hombres. En sus quince capítulos no hay palabra sin idea. Todo es principal en él. ¡Qué delicadeza y qué amor hacia el desgraciado, ser el más falto de adecuada educación!

Hay un capítulo, ¡muchos capítulos!, que no pueden leerse sin suave emoción.

**¿De qué hemos de hablar con el pobre?**—Hay cuatro clases de visitas: de *corredor*, de *cumplimiento*, de *amigo* y de *padre*. Las dos primeras sólo tienen por objeto socorrer materialmente. Las últimas atienden al pan del cuerpo y al alimento del alma. La del padre, sobre todo, es la que recomienda Concepción Arenal, «porque es todo lo larga que el caso requiere, y frecuente según la necesidad; visita en que se ríe y se llora, se reprende ásperamente, y se consuela con amor; en que se habla mucho, en que se guarda silencio ante dolores sin remedio sobre la tierra; en que se reciben íntimas confidencias; en que se manda y se prohíbe, y se amenaza y se ruega; en que hay lágrimas de arrepentimiento, de amargura, de compasión, de gratitud; en que se reciben desengaños y estímulos, quejas y bendiciones...

Ciertamente, el desgraciado es impenetrable cuando desde el primer momento no se le inspira confianza, y por esto Concepción Arenal exige del visitador, como condición precisa, saber inspirarla. No está hecho todo con el socorro. Si al visitar sin bonos es mal recibido el visitador, no sabe cumplir con su deber.

Y convencida de lo que aconsejaba, Concepción Arenal derramó sobre el desvalido muchos bienes materiales, pero también supo consolarle, dándole sin tasa ni medida los tesoros de su grande corazón.



En el capítulo de la obra que estudiamos, que se refiere a la «corrección del pobre irreligioso», se muestra Concepción

Arenal como maestra que está en posesión de esa rara virtud que se llama tolerancia. Advirtamos de paso que la escritora ilustre es un espíritu profundamente religioso. Siempre estuvo en los actos de su vida cerca de Dios. Poseyó la habilidad psicológica de convencer sin imponer. Atrajo a Dios a todos los pobres de cuerpo y de espíritu que de El se apartaron.

Conociendo que la irreligiosidad del pobre era un hecho práctico, puso en su corrección toda la fuerza de una comprensión profundamente humana. «Debemos oír al pobre disparatar y aun blasfemar sin inmutarnos exteriormente. El que no sabe esperar, no sabe corregir».

Todos los consejos que da nuestra autora para suavizar las asperezas del desgraciado, caben en una sola palabra: cariño. En efecto, nada hay como el amor en la educación de los seres desvalidos. Concepción Arenal atrae al pobre irreligioso con calma, con mucha tolerancia, con mucho amor, con algunos beneficios materiales y con escenas sinceras que lleguen al corazón.

**Del pobre vicioso.**—Entre los pobres nos encontramos al hombre vicioso de los sentidos. Desdichados que han llegado al abuso del placer sensual grosero, y han adquirido el hábito con una fuerza tal, que es punto menos que imposible desarraigarle. Entre los vicios más comunes del proletariado, la embriaguez, ese placer por el que el hombre pasa por las fases formales del mono, del león y del cerdo, ha dominado sobre todo. No debe sorprendernos demasiado el hecho. ¡Tiene el obrero a su alcance tan pocas expansiones delicadas! Una semana de trabajo, bien merece varias horas de placer. ¿Y dónde ha de buscarlo el obrero? En la taberna. Cuando se tiene poco dinero y escasa instrucción, ese es el único centro que atrae. Sólo a medida que devastamos nuestra naturaleza de sus instintos groseros, nos elevamos en la escala del placer, depuramos nuestros gustos y

buscamos honestos reposos. Así, el café es preferido a la taberna; el club, al café, y nada hay como el placer de la casa para los espíritus finamente depurados.

Pero sigamos a Concepción Arenal en lo que a corrección de vicios se refiere, y notaremos su sagacidad en materia de educación.

Si éstos—dice—tienen principalmente origen material, deben, hasta cierto punto, combatirse materialmente. El pobre, por sus vicios, se aleja de la familia, y no debemos volverle a ella sino haciéndole pasar por situaciones intermedias, entre las que vaya dignificando sus diversiones. Y cuando hayamos alcanzado algún éxito en el camino de su perfección, exaltémosle el trabajo, ángel custodio del hombre, y al lado del trabajo, el descanso adecuado. No le mostremos de continuo su vileza; hagámosle ver su desgracia, y contemos con su dignidad para redimirle.

La cuestión es sacar al pobre del ambiente que le asfixia y le degrada. Y en esta asfixia y degradación moral no influyen poco las construcciones.

A este propósito, permítaseme un recuerdo personal. Vive en mí fuerte la impresión que me produjo la visita a un barrio de pobres, madrileño. Herida mi fantasía por las descripciones que de esa clase de suburbios hicieron Baroja y Valdés, quise asomarme a la realidad, y, ante ella, vi rosados los colores con que aquéllos dibujaron en sus novelas las amargas de esas vidas humildes que van muriendo, insensibles, en el vicio. No sé llamar con propiedad a aquellos antros de suciedad, de miseria, de vino, de holganza y de tragedia. Antes de haber barriadas obreras, ricos y pobres se confundían un poco en la vida domiciliaria; y unas veces por la caridad, y otras por la justicia, los hijos de aquéllos se aproximaban. Con la separación actual no tiene el pobre atmósfera de ejemplaridad, ni el rico motivos de austeridad, que tanto levantan el alma. Las clases se ignoran. Cuando se notan, se odian, y de ese odio nacen inquietudes

tudes insensatas que pronto se convierten en cataclismos sociales.

No acabariamos. Por las páginas de *El visitador del pobre* corren la inteligencia y la emoción jamás mejor hermanadas. Al tratar de los niños, dice que han de ser sustraídos al ambiente de que se ven rodeados en una familia pobre y viciosa, pero salvando siempre los respetos que el hijo debe al padre por haberle dado la vida.

Por último, y para tener todo en cuenta, dedica un capítulo de la hermosa obra que estudiamos a los «enfermos del espíritu», de los que dice que para auxiliarles se necesita mucha bondad, mucho trabajo, mucha perseverancia. Pero—añade—, en nuestros momentos de amargura, debe ser muy dulce el recuerdo de un atribulado que arrancamos a la desesperación; y en el día de la justicia, tal vez se incline la balanza del Supremo Juez en favor del que pueda decir con verdad: «Señor, yo he consolado a un triste».

Así termina *El visitador del pobre*, admirable compendio en el que la más fina observación ha llegado a los recovecos más apartados del espíritu atribulado. Traducido a los idiomas principales, puede decirse que en él habló Concepción Arenal a todos los pueblos de la tierra.



### **La beneficencia, la filantropía y la caridad.—**

En 1861 llamó la Academia de Ciencias Morales y Políticas a las personas que supieran de medios bien sistematizados para evitar el abandono social en que se encontraban infinidad de seres desgraciados, entre los que se destacaban como primeras figuras de humana injusticia el loco, el enfermo pobre y el expósito. Concepción Arenal acudió generosa al llamamiento, y su trabajo fué premiado con acuerdo unánime y entusiasta de los doctos de la moral y de la política.

De cómo estuviera organizada la beneficencia española

en la época a que nos referimos, dan idea estas palabras de la escritora estudiada: «Quiera el cielo que al escritor que, perfeccionando nuestro trabajo, escriba, pasados algunos años, la historia de la Beneficencia, le sea más grata su tarea; quiera el cielo que pueda decir con verdad que la sociedad es madre de los niños pobres que no la tienen, maestra de la juventud, apoyo de la vejez, guía cariñosa de los que han perdido la razón, y consoladora de todos los que padecen. ¡Quiera el cielo que ningún enfermo sufra y muera sin recibir los auxilios que su estado reclama; que en ningún hospital se le pregunte de dónde es para recibirle; que sobre la puerta de todos se escriba este hermoso lema: *Urbis et orbis domus infirmorum*.

La caridad es un deber. El filósofo ve en ella un elemento de bienestar; el político, un elemento de orden; el artista, un tipo de belleza; el creyente, la sublime expresión de la voluntad de Dios. «Es como la aurora: cada viviente la saluda en su lenguaje, pero no hay ninguno que deje de saludarla».

Es verdad. La sociedad tiene el deber de procurar a los desvalidos la mayor suma de bien posible.

Los manicomios cuidan a sus dementes; los hospitales, a sus enfermos, y los hospicios, a sus huérfanos. Pero en tiempo de Concepción Arenal, y aun hoy mismo en algunos casos, los acogidos a los beneficios de estos establecimientos han recibido únicamente bienes materiales: pan, cama, vestidos... ¿Y el alma? ¿Es que los desvalidos no la tienen? Y teniéndola, ¿no hemos de darle ese alimento espiritual que se llama cariño? Así, al menos, lo entendió Concepción Arenal cuando dijo: «Pero la sociedad no comprende su alta misión si cree llenarla con sólo hacer bien material. Es preciso practicar las obras de misericordia en uno de los casos en que se deben de justicia; ellas nos mandan, no sólo dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, sino *enseñar al que no sabe y dar buen consejo al que lo ha de menester*».

Nótese, pues, cómo todas las obras de la insigne escrito-

ra gallega están saturadas de tendencia educadora. En todas alienta un deseo fuertemente sentido: la perfección social por la educación y la justicia.

Y donde esta madre amantísima de la miseria deja su corazón, es al estudiar esos asilos que pocos hombres conocen, y que se llaman hospicios. La idea de organizarlos para educar en ellos a los huérfanos es laudabilísima. Pero tales establecimientos son, en general, mal dirigidos, y, sobre todo, los de niños deshacen bárbaramente el cuerpo y el alma de la infancia. Allá donde para suavizar la desdicha de no poder llamar a la madre son necesarios los besos y sonrisas, sólo hay a veces ceñudos semblantes, palabras duras y castigos físicos que degradan tanto a quien los impone como a quien los recibe.

Concepción Arenal no ignoraba esto, y por ello visitó con maternal cariño los asilos, especialmente el hospicio de Madrid, cuando, gracias a aquel prócer de sangre y espíritu, que se llamó el Marqués de la Vega de Armijo, empezó a ser hogar donde los hijos tristes del abandono encontraron pan y consuelo.

Si nuestra ilustre compatriota hubiera llegado a los tiempos presentes, habría viajado por España y el extranjero. Y es seguro que, al encontrar instituciones como el «Orfelinato Borel», en Dombresson; «Neuchatel», Suiza, y los diversos «Foyers des Orphelins», hogares para huérfanos, en Bélgica, hubiera experimentado la íntima alegría de quien ve realizados ideales que, cuando han nacido al calor de un recio entendimiento, han parecido quimeras. No hemos visto, lo confesamos satisfechos, nada que se parezca más a lo que Concepción Arenal pedía para la infancia abandonada como los establecimientos citados.



**Cartas a un obrero y cartas a un señor.**—Son dos partes de un mismo asunto, Concepción Arenal vió

siempre los efectos de la inarmonía social. Estos efectos son dolor, y el dolor que viene de los hombres hay que calmarlo, hay que evitarlo. Por eso, nuestra profunda pensadora quiso poner de manifiesto las causas que mantenían separadas a esas dos clases sociales que se llaman *el obrero y el señor*.

Las cartas a un obrero fueron publicadas en *La Voz de la Caridad*. Son 35, y las dedicó al abulense D. Tomás Pérez y González, modelo de señores, según la idea que la autora tiene de esta palabra. Allá por el año 1871, el pueblo se creía fuerte, porque estaba armado. Contaba con la fuerza y abusaba de ella; las masas daban oído y creían a los que, o no entendían los problemas sociales, o si los comprendían hablaban y escribían de ellos con insinceridad manifiesta. Concepción Arenal formó al lado de los sensatos, junto a los que veían la realidad con la inteligencia y el corazón. Se decidió, pues, a hablar a las clases pobres, enseñándoles el verdadero camino de su redención. «Piensa que soy amiga tuya y que mi amistad no ha brotado de tu poder, sino de tus dolores; soy tu amiga de ayer, de hoy, de mañana y de siempre; mi corazón está contigo para aplaudirte cuando obras bien, para censurarte cuando obras mal, para sufrir cuando sufres, para llorar cuando lloras, para avergonzarme cuando faltas...; aunque mis palabras te parezcan duras, espero que dirás en tu corazón: «esa es la voz de un amigo».

Para Concepción Arenal, toda cuestión social grave es en parte religiosa, porque en las cuestiones graves hay dolor. Si no se posee un fondo religioso, el dolor nos parece una iniquidad; si somos creyentes, con resignación, buscamos remedio. Es la idea religiosa, fuertemente sentida, la que excluye la violencia y deja en los trances más duros de nuestra vida serenidad y fuerza para buscarles remedio y consuelo. Ninguna cuestión social puede ser puramente material. El capital es el instrumento indispensable de prosperidad y

progreso. Pero el capital es resultado de un ahorro, y el ahorro es un sacrificio, un acto de moralidad.

Otro elemento de prosperidad y progreso es la inteligencia, y en él no sólo hay moralidad, sino heroísmo. ¡Cuántos no han sucumbido en sus inventos sin pensar más que en la humanidad! Cuando el obrero se da cuenta de estas verdades sencillas, no se considera elemento único en la producción, y da en ella al capital y a la inteligencia toda la importancia que estos factores tienen en la economía social.

La pobreza, que tanto nos abruma, es, sin embargo, ley de humanidad. El reparto social nos llevaría a la igualdad de un momento. Pero nuestros diversos caracteres, nuestras aptitudes diferentes, nuestra educación distinta, harían de la sociedad las clases lógicas en toda organización humana. El más sabio de los maestros nos dió la cuestión resuelta en aquellas palabras sublimes: *Es el pan nuestro de cada día lo que debemos pedir.*

No es sensualismo la vida, es sacrificio; y el mismo Proudhon ha dicho: «Dondequiera se llegará a esta conclusión, de la que sería de desear que nos penetrásemos todos: que la condición del hombre sobre la tierra es el trabajo y la pobreza; su vocación, la ciencia y la justicia, y la primera de sus virtudes, la templanza. Vivir con poco, trabajando mucho y aprendiendo siempre: tal es la regla».

Regla por cierto olvidada. Pocos hombres hay en los momentos actuales que hagan del trabajo, de ese ángel custodio, una ley de vida aceptada sin rebeldías. Muchos hay, en cambio, que ven en él la vindicta del paraíso, la maldición bíblica, que en todo caso sólo la impuso Dios para la redención del hombre.

Volvamos a oír a Concepción Arenal en ideas tan esenciales como el capital y el trabajo: «El capital es una necesidad imprescindible. La gran mayoría de los hombres son capitalistas. El capitalista, grande o pequeño, saca de su capital todo el interés que puede. Y muchos se arruinan en empre-

sas beneficiosas para la sociedad. Aunque el capitalista se arruine, el obrero cobra, y no se cuida de la suerte del que perdió su fortuna. Yo siempre estoy con mi corazón de parte de los pobres; pero mi razón me demuestra muy claro que pobres y ricos se calumnian cuando se atribuyen mutuamente vicios de clase... Tú y yo conocemos ricos que deberían estar en presidio, y pobres que por falta de justicia andan sueltos...»

La escritora se muestra socialmente educadora en los artículos que fueron apareciendo en *La Voz de la Caridad*. No hay que maldecir el capital y el trabajo, sino moralizar al capitalista y al trabajador, convenciéndoles de que sin sentir hondamente la moralidad, la benevolencia y la abnegación, todos los problemas sociales son insolubles. «Puedes notarlo, Juan; el triunfo material de los que sostienen cierto género de errores, es su derrota en el orden de las ideas, porque pone en relieve su radical impotencia. Soberbios al negar, tímidos en la afirmación, nulos en la práctica, tales han sido, son y serán, los que de cualquier modo, y enarbolando esta o la otra bandera, dicen al hombre que puede vivir sin piedad, sin familia, sin trabajo rudo, sin dolor, sin resignación, sin virtud, sin ley, sin Dios».

**Cartas a un señor.**—Cuando acabó el ilusorio poder de las masas, todos guardaron silencio; sólo se oían voces de mando, y entonces, el espíritu justo de nuestra escritora dejó oír la suya en la obra arriba indicada. Son estas cartas la segunda parte de un todo social. En la primera, con infinito cariño y genial didáctica, habló la excelsa gallega de las enseñanzas que han de tenerse presentes para reducir la pobreza. En la segunda escribió el código de obligaciones positivas que los «señores» tienen para con la comunidad en que viven. Lo que desde luego interesa es el concepto que Concepción Arrenal tiene de la palabra «señor», sabiendo que hay en la sociedad individuos cuya posición da a su vir-

tud necesariamente, y por punto general, un carácter negativo, y otros cuya virtud le tiene positivo, llamó a los primeros *pobres*, y a los segundos *señores*. Señor es, pues, el que activamente puede emplearse en el bien de sus semejantes. Es señor el pobre de bienes materiales, pero rico de inteligencia o de instrucción, que puede ayudar a los que carecen de éstas; es señor el que tiene autoridad y con ella medio de contribuir de un modo cualquiera al bien. En una palabra: señor es todo el que de algún modo puede contribuir a una buena obra. Los señores deben ser socialmente la ejemplaridad del obrero... Los vicios de los señores son perturbadores. La deshonestidad, el juego, el modo de adquirir, el de gastar, el de divertirse..., han contribuido a exacerbar y despertar apetitos sensuales que han dado al traste con aquella vida austera que tan bien va a la familia modesta. Enorme es la responsabilidad que en los conflictos sociales cabe a los señores que con sus injusticias irritaron a las masas. Y con tanta imparcialidad la puso de relieve la escritora, que la publicación de *Cartas a un señor* se consideró como arma peligrosa de que los obreros pudieran apoderarse para situarse en rebeldía con gran parte de la sociedad. Pero Concepción Arenal consideró más peligroso que decir la verdad, por cruda que fuera, ocultarla; y esta vez, como siempre, la dijo, y la Sociología tuvo una fuente docísima en la que, por desgracia para nuestra triste actualidad, nadie fué a beber a tiempo.

Si los directores de masas obreras — pedagogos del proletariado — conocieran y meditaran las *Cartas a un señor*, harían de ellas un breviario social, y no tendrían la inquietud de haber llevado las cosas por un camino que puede producir una revolución sin beneficio para nadie.



Estudiada la ilustre escritora gallega en un aspecto ampliamente educador, veamos ahora lo que en la dama ilus-

tre podemos considerar *más* concreta y acertadamente *pedagógico*.

Contestando Concepción Arenal, allá por el año 1880, a una entonces casi niña, que empezaba a alborear en el campo de la primera enseñanza, y que hoy tiene nombre bien ganado, según carta que tengo a la vista, decía: «No he anotado todavía su manuscrito; no puedo dar a usted mi opinión abonada, porque no entiendo una palabra de pedagogía». Y si sabía pedagogía esta profunda escritora. Si esa palabra, hoy tan de moda, entraña la idea de arte y ciencia de educar, ¿podrá negarse competencia a una mujer que en todas sus obras, y en la prensa, no ha hecho sino inquietar a las gentes, enseñándoles con inteligencia y amor a ser mejores?

Pero si esto no bastara, ahí está su *Instrucción del pueblo*, Memoria premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas el año 1878.

La cuestión social, como la llaman, y que lejos de ser una son muchas, es en gran parte cuestión pedagógica, porque para las colectividades, como para los individuos, en la manera de *ser* influye la manera de pensar, y en la de pensar la de *saber*.

Todos abogan más o menos por la instrucción, pero son pocos los que se hallan convencidos de su importancia y contribuyen a que se generalice. Ocurre, según Concepción Arenal, como con la religión: son muchos los que la invocan, y pocos los que la practican.

La preocupación dominante de la vida es la adquisición de bienes materiales. Se piensa poco en acumular riquezas espirituales. Y, sin embargo, aquéllos están sujetos a limitaciones, mientras éstas se multiplican a medida que son más los que de ellas participan. Así, una verdad es para todos, y un sentimiento crece con el número de los que de él participan; en cambio, el dinero toca a menos cuantos más son aquellos entre los que se ha de reartir. Los bienes materia-

les, y Concepción Arenal coloca la cultura como el primero entre ellos, dependen del que los busca, mientras que los espirituales están sujetos a voluntades ajenas. El que cifra su bien en el amor a Dios, a la humanidad o a la ciencia, lleva dentro de sí los principales medios de alcanzar sus fines, porque nadie podrá impedir que sea religioso, sabio o caritativo. No sucede esto mismo a aquel que cifra su dicha en los bienes materiales. ¡Cuántas resistencias para adquirirlos, y cuán contingentes y mudables son cuando se poseen!

*El estado social*, en el tiempo de la insigne escritora, era más que delicado. Todas las clases de la sociedad ponían de relieve sus desconfianzas, sus envidias, sus odios, su falta de adecuada educación que les hiciera comprenderse: «El industrial enumera las exigencias absurdas y los vicios de los obreros; éstos se dicen explotados por el capitalista de una manera inicua. El señor de la tierra se irrita de que le paga mal el colono, que le acusa de exigirle una renta excesiva. El soldado murmura de la tiranía del jefe; el oficial truena contra el espíritu de la indisciplina de la tropa. Los pobres y los ricos, cuando no se revuelven iracundos, se miran de reojo, se ven por el lado de sus defectos; son maliciosos, desconfiados, suspicaces, injustos..., y así marchan superpuestos, bajo la presión de la necesidad, pero sin que haya combinación armónica, imposible mientras exista tan profundo desacuerdo en todos». ¿Cómo se producirá esta armonía? Concepción Arenal nos contestará: «Con la instrucción del pueblo». Si el pueblo no se instruye, sus rebeliones no le mejorarán. La inmoralidad sólo puede corregirse con la educación, cuyo fin supremo es capacitar moralmente al hombre. La brutalidad del de abajo y la refinada sensualidad del de arriba, son efectos cuya causa es la falta de una adecuada educación. La patología social tiene por terapéutica a la instrucción educativa. En tiempo de Concepción Arenal, como hoy, se achacaban los males sociales

a la falta de religión. Para que la religión remedie las llagas sociales es necesario profesarla «viva, ferviente, sincera». Cualidades éstas bien esenciales, y siempre lejos de la ignorancia.



**Ideología general de «La instrucción del pueblo».**—No es fácil dar idea exacta de los conceptos pedagógicos contenidos en los quince capítulos de la docta memoria arriba indicada. Entre los fundamentales, voy a citar los siguientes: «Algunos principios que conviene tener en cuenta para promulgar la ley de enseñanza primaria obligatoria», «Del deber moral y del deber legal de instruirse», «En qué condiciones se ha de hallar un pueblo para que sea un deber instruirse», «Lo que es y debe ser la instrucción en España», etc.

El deber consiste en realizar la justicia como se comprende y en hacer todo lo posible por comprenderla bien. Según Concepción Arenal, los deberes negativos son absolutamente necesarios, y los positivos también lo son, pero en la relación y medida de la instrucción que quien ha de ejercitarlos posee.

Los primeros deberes del individuo y de la sociedad consisten en *no hacer*; pero a medida que el individuo y las sociedades se perfeccionan, tienen que obrar, que hacer bien, y entonces sus leyes toman carácter de positivas.

Como la ley es la expresión de la justicia, hay que conocerla para realizarla, y el deber, antes de ser *legal*, ha de ser *moral*. A medida que los pueblos se civilizan, tienen más alto concepto de la moralidad, y todo lo que se conceptúa deber moral va pasando a ser legal, y el ideal sería que el deber moral y el legal constituyesen uno solo.

**Para comprender el deber, la instrucción.**—El deber de instruirse no brota espontáneamente de la con-

ciencia como el de dar a cada uno lo que es suyo. Pasan muchos siglos sin que el hombre sospeche que tiene la obligación de instruirse, de conocer lo verdadero para hacer lo justo.

La primera noción del saber como deber, se refiere a alguna función práctica. Así, el labrador, el médico, el abogado, deben saber lo necesario para ejercer su función. Este saber es importante por las ventajas que ofrece; se ve en él lo útil, lo justo.

Tiene razón la escritora. Pocas veces se aconseja la instrucción como obligación moral. Es muy singular lo que Palacio Valdés hace decir, en *Aldea perdida*, al pueblo por boca del *tío Goro*: «Paréceme, Demetria, que llegó la hora de decirte algunas palabras instruídas; porque la sabiduría, no lo olvides, hija, es la mejor cosecha que un hombre puede recoger. Vale más que el maíz y que el trigo, y, si es caso, vale más que el mismo ganado. Ahora que vas a Oviedo, aprende todo lo que puedas, lee por todos los papeles que se te ofrezcan, y, si se tercia, agarra también la pluma. Aprende, que la persona que no sabe semeja— aunque sea mala comparanza— a un buey.»

Pocos «*tíos Goros*» tiene el pueblo. Escasean los padres que tienen fe en la escuela popular, porque son remotos, y en espíritu, los bienes que ésta reporta.

Hay que vencer la ignorancia; pero el ignorante no la aborrece ni la teme. Tal vez sea esta la causa de haber hecho en todas partes obligatoria la asistencia a la escuela primaria, declarando deber «legal» lo que, dada la ignorancia del pueblo, no podía exigirse como deber «moral».

**El derecho a la instrucción.**—Al deber de instruirse sigue lógicamente el derecho a la instrucción. «El padre debe al cuerpo de su hijo sustento, vestido y albergue; y a su alma, ¿no le deberá nada, verdad, justicia, belleza? Todo lo ignorará para que lo pise todo».

Y Concepción Arenal nos plantea el problema del derecho que, naturalmente, tiene el padre a la elección del maestro que ha de educar a sus hijos, cuando nos dice: «Y esta instrucción ha de adquirirla el pueblo en la escuela, que, si la establece la provincia, es mejor que si la establece el Gobierno; si el municipio, mejor que la provincia, y si los particulares, infinitamente mejor que el municipio».

Seguramente no supo Concepción Arenal las amarguras de la escuela popular mientras fué pagada esta institución por el municipio. Pero creyó—y países como Inglaterra, Bélgica y Suiza justifican la opinión de la escritora—que la nacionalización de la enseñanza no es la suprema garantía para llegar a un ideal educativo altamente humano. Jamás podrá admitirse como perfecto un sistema de educación en el que la familia esté totalmente alejada de la escuela en que se educan sus hijos.

**Programa ideal.**—En la *Instrucción del pueblo*, el programa consiste en que cada hombre, que todo hombre sea un ser racional con necesidades intelectuales como físicas, proporcionadas al medio social en que vive y tenga modo de satisfacerlas. Para este fin, he aquí las materias: Religión que se fije en el alma de una manera indeleble, como los axiomas que no es necesario demostrar. Moral fija y arraigada en las profundidades de la conciencia, e iluminada por la luz del entendimiento. Razón amorosa, o amor razonado que piensa y siente a la vez el deber imperativo, la austera virtud, la abnegación sublime. Conocimiento del hombre para que éste mantenga sano el cuerpo y el espíritu. Estudio del universo—lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande—que, iniciándonos en los prodigios de la creación, nos lleve al Creador.

Estudio de las sociedades humanas, de su historia, de lo que en ellas es el derecho, y cómo de las leyes morales, intelectuales y físicas se derivan las civiles, económicas, pena-

les y políticas. ¡Y a qué seguir! El programa de Concepción Arenal está todavía en nuestros días, y lo suscribiría un pedagogo moderno, cuando observara la trama aperceptiva con que Concepción Arenal quiere que se adquieran los conocimientos, y cuando viera que en él se incluye el *arte*, para que el niño pueda comprender las armonías de la belleza, de la justicia y de la verdad.

En cuanto al tiempo que el niño ha de asistir a la escuela, la idea de esta mujer, siempre actual, es «más años de la vida» y «menos horas cada día». Y al desenvolver este principio son tenidos en cuenta todos los medios esenciales apropiados a una educación racionalmente integral: clases de párvulos, campos de juego, escuelas propiamente primarias, escuelas de aprendizaje... Después de esto, ¿no debemos aceptar a Concepción Arenal como maestra admirable? Fué precursora de la organización de las clases complementarias, viejas ya en toda Europa, e iniciadas como tímido ensayo en nuestra nación.

**El maestro.**—Al hablar del maestro, dice Larra que la carrera del profesorado debe incluirse entre aquellos modos de vivir que no dan de vivir. De estas palabras parte Concepción Arenal cuando afirma que la profesión de maestro es de gran nobleza, pero de poco atractivo: «Se habla de la benemérita clase de maestros de primeras letras y de su elevada misión con una sinceridad algo sospechosa, puesto que ni las colectividades ni los individuos consideran y premian al maestro en proporción a los servicios que presta». Aun confesando que el Magisterio ha obtenido mejoras insospechadas desde hace una década, ¿qué pensaría la ilustre escritora a quien estudiamos cuando viera hoy que entre los servidores de la nación es el maestro el último en retribución?

Concepción Arenal previó las reformas que habían de llevarse a cabo con el tiempo. La organización del cuerpo do-

cente con escalafón y dependencia económica del Estado... Pero aun falta mucho para que a las aldeas vayan maestros que puedan infundir su espíritu elevado en el mezquino de la vida desenvuelta en pequeñas comunidades. Aun no hemos llegado tampoco a que el Magisterio sienta la idealidad de su misión, haciendo cada día algo por superarse.

Al hablar de la maestra, advierte la autora la importancia que aquélla tiene socialmente, y estudia desde lo que ha de ser la de párvulos—«mujer dulce, paciente, cariñosa, que ama mucho a los niños y los instruye un poco»—, hasta la que ha de ocuparse de la enseñanza doméstica, en la que tan asombrosa competencia práctica demostró esta egregia dama.

**La cooperación.**—Todos debemos cooperar en la obra. Concepción Arenal desea que el que no sirva para otra cosa haga propaganda contra la ignorancia; que forme parte de las juntas encargadas de difundir la instrucción; que dé dinero para construcciones, para bibliotecas, para socorros a niños, cuyas faltas de asistencia escolar se deben a la miseria. En este último pensamiento ve nuestra autora la necesidad de las obras esenciales que se llaman cajas escolares, cantinas y colonias.

**Escuelas de adultos.**—El remedio de muchos males de mañana está en enseñar a los niños; el de muchos males de hoy, en enseñar a los hombres. He aquí bien presentidas las clases nocturnas de adultos, que sólo se han generalizado en los últimos años.

La escritora señala admirablemente las causas de la escasa eficiencia de las clases nocturnas. Entre todas, la más grave es la que consiste en no hacerse cargo de las circunstancias de los discípulos. Son, por ejemplo, una verdadera inocentada esas pláticas o libros en que, con historietas y cuentos propios de niños, se quiere interesar e instruir a los

hombres. Son tales y tan acertadas las cosas que Concepción Arenal dice de lo que *deben ser y pueden ser* las clases a que nos referimos, que no se nos ocurre más que un comentario: La autora de *La instrucción del pueblo* vió en 1878 lo que serían muchas clases nocturnas en 1923.



La *Instrucción del obrero* es un informe presentado a la Sección 3.<sup>a</sup> del Congreso hispano-portugués-americano el año 1892.

Reconoce Concepción Arenal en este trabajo la existencia de una crisis intelectual, de la que no se habla con tanta frecuencia como de las crisis financieras. Esa crisis se da notoriamente en la clase obrera. Esta sólo sabe, en general, lo necesario para trabajar con las manos. Tiene, sí, algunas ideas más; pero son pocas y erróneas, y de ahí la crisis.

El que discurre con pocas ideas es avasallado por una. Y decir dominado por una idea es decir trastornado.

DOS PARTES EN LA INSTRUCCIÓN DEL OBRERO.—La cultura del obrero debe comprender dos partes: una, la adquisición de instrumentos necesarios para la vida plenamente humana, y otra, el conocimiento técnico de lo que al obrero conviene en sus relaciones industriales y económicas con los demás. Mejor o peor, se le enseña la primera parte; de la segunda, jamás se le dice nada. No basta que el obrero sepa fabricar un objeto: es necesario que posea bastantes ideas del por qué en el mercado vale más o menos, por qué de ese precio él recibe una parte mayor o menor, que le bastará o no para hacer su vida. El obrero no se explica fácilmente estas cosas; es rutinario para explicarse lo nuevo y revolucionario por el ansia de realizarlo. Alguien ha de explicarle estas cosas. En España lo han hecho sus directores sociales, los simplificadores, los que llenan el espíritu de las masas de uto-

pías, de quimeras siempre accesibles a entendimientos, si bien despiertos, poco cultivados.

Esto sólo tiene solución adecuada haciendo que el obrerismo sea ilustrado; que tenga la cultura indispensable respecto a *todo* el organismo social. Así, cuando el obrero tenga ideas bastantes y exactas, rectificará las erróneas que hoy tiene; no será insensato para pedir lo imposible, pero será fuerte para exigir lo justo.

Concepción Arenal fué vidente. Predicó en nuestra patria ideas sociales que han tenido concreción en otras partes. Díganlo, si no, la Universidad del Trabajo de Charleroi, las clases complementarias de Francia, los cursos de adultos de Inglaterra; la extensión universitaria en este último país y en Suecia y Noruega. Los «cuartos grados» escolares, en Bélgica, y las escuelas de preaprendizaje y de aprendices en Alemania y Suiza. Ciertamente que en España se ha hecho algo en relación con la preparación obrera: Cataluña y Vizcaya tienen instituciones que pueden resistir la comparación con sus similares extranjeras. Pero de un modo general, lo que conocemos, por haberlo estudiado en varias poblaciones de las naciones citadas, es muy superior a los casos esporádicos nuestros. Sólo así se explica que en la postguerra las naciones contendientes hayan podido evitar las revoluciones interiores. La cultura obrera, en su parte general y en la profesional, es en los Estados mencionados muy superior a la nuestra.



«**La mujer del porvenir**».—Tiene esta obra de Concepción Arenal una admirable intención de sana propaganda feminista. Consta de una «Advertencia» y doce capítulos. En la advertencia se lee: «No intento persuadirte ni convencerte, lector; toda mi ambición se limita a que al concluir estas páginas dudes y digas, primero para ti, y después para

los otros: ¿Si tendrá razón esta mujer en algo de lo que dice?



Veamos las ideas fundamentales que contiene este suave tratado de pedagogía femenina.

En primer lugar, pone de relieve la autora las contradicciones que existen en el problema de la educación de la mujer.

Una mujer puede llegar a la más alta dignidad. María fué madre de Dios. Una mujer puede ser mártir y santa, y, sin embargo, el hombre que la venera en los altares se escandalizaría viéndola ejercer las funciones del sacerdocio.

En el orden civil tampoco es afortunada la mujer. Bien está que pueda ser reina o estancquera; pero ¿ha de considerarse apta para determinados cargos de la administración? Esto no era posible en tiempos de Concepción Arenal.

En el hogar es la mujer, muchas veces, el niño oprimido a quien se hace guardar silencio, o el niño mimado que impone su voluntad.

En las leyes se la considera como menor si está casada, y aun no estándolo, le niegan muchos de los derechos concedidos al hombre. Y, no obstante, si delinque, a pesar de considerarla inferior al hombre moral e intelectualmente, la ley criminal le impone iguales penas.

Se habla demasiado de la inferioridad de la mujer como cuestión fisiológica. Concepción Arenal, con profundo conocimiento de los estudios del frenólogo Gall, refutó teorías y sacó la consecuencia de que la inferioridad intelectual de la mujer no es orgánica, porque no existe donde los dos sexos están igualmente sin educar—pueblos salvajes—, ni empieza en las clases educadas, sino donde se inicia la diferencia de la educación.

Tampoco moralmente es la mujer inferior al hombre.

Comparando dos seres libres y responsables, es moralmen-

tè superior al otro aquel que tenga más bondad y más virtud, aquel que sienta menos impulsos malos o los enfrene con mayor energía, aquel que haga más bien y menos mal a sus semejantes, aquel QUE SEA MEJOR.

Examina la ilustre escritora la sensibilidad, la bondad, la compasión y la paciencia femeninas, para deducir que si estas cualidades son propias de toda alma de mujer, cuando se las cultiva dan un rendimiento moral superior al del hombre. Y recuerda que en los Estados Unidos, donde están mejor educadas las mujeres, y tienen mayor facilidad de ganar el sustento honradamente, el número de aquéllas, criminales, es tan corto, que al establecer el sistema penitenciario pensaron los reformadores que podrían prescindir de ellas.

«No recibáis a la pobre niña recién nacida—dice a los padres—con desdén o con temor; dadle el ósculo de bienvenida diciendo: ¡Hija del alma! Si acaso eres menos afortunada por ser mujer, también serás probablemente mejor.»

El capítulo V de la obra que analizamos pone de relieve las consecuencias de la ineducación femenina.

Estas alcanzan a la *mujer*, al *hombre* y a la *sociedad*.

Como mujer soltera, ve disminuirse, y tal vez desaparecer, el fruto de los sudores de su padre; viuda, mira acaso sumidos en la miseria a sus hijos, que podrían vivir holgadamente sin su incapacidad para los negocios. Soltera, casada o viuda, es tenida y se tiene por incapaz de ninguna profesión que exija inteligencia, y esto es lo más grave de todo.

En cuanto a la mujer, considerada como compañera del hombre, cuanto más se parezca a él en perfección, mejor harán la vida del hogar. Si ha de ir con el hombre, si no puede separarse, sea todo lo fuerte, todo lo perfecta, todo lo parecida a él que fuere posible, para que le ayude más, para que le comprenda mejor, y, en fin, para que su compañía, en muchos casos, no le deje enteramente solo.

Si por falta de educación apropiada la mujer y el hombre

son peores y más desgraciados, peor y más desgraciada será la sociedad. La instrucción, en cuanto a instrumentos de trabajo, la proporciona la escuela, la universidad, la prensa, el libro; pero la preparación verdaderamente humana sólo es obra de una inteligente educación maternal.

Al estudiar las profesiones que la mujer puede desempeñar, doña Concepción Arenal es amplia. Querría que aquélla pudiera llegar hasta el sacerdocio. «No sabemos si entre las mujeres habría muchas doctoras que causaran admiración; pero de seguro habría muchos ejemplos que imitar y muchas virtudes que harían amar la religión que las inspiraba». Casi todas las profesiones por las que la insuperable escritora abogaba en su tiempo, son hoy asequibles a la mujer. Pero quería alejar a ésta de los cargos de autoridad cuando dijo: «En el ejercicio de la autoridad hay siempre algo de militante; puede ser necesaria la coacción, y además, el respeto que inspira la mujer no es, ni puede ser, ese respeto mezclado de temor que inspiran y necesitan inspirar los que han de vencer las resistencias que se presentan a la ejecución de la ley en todas las esferas».

Los hombres que temen a la mujer educada tienen contra la educación femenina argumentos deleznable. Se dice, por ejemplo, que la mujer educada será más varonil, menos suave y dulce y menos sumisa. Pero los hechos demuestran que, a medida que la mujer se educa, menos por lo que aprende en el colegio que por lo que se modifica con el trato, el ejemplo y el amor del hombre ilustrado, se hace más dulce, más afectuosa, más dócil a la voz del deber, de la razón y del cariño. Lo que hace falta es, más que obediencia ciega del señor, la docilidad razonada del cariño.

Nadie discute al hombre como jefe de la familia; pero todo el mundo culto le aborrece como tirano.

También examina Concepción Arenal en la obra estudiada el argumento de las gentes que consideran incompatibles el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésti

cos. No hay tal incompatibilidad; lo que ocurre es que el sistema de educación femenina se ha reducido en sus fines y consecuencias a una estrecha ideología concretada en escuelas y colegios; a que la mujer, más que conocimientos, adquiera habilidades; más que medios de perfeccionarse por las ocupaciones apropiadas de su inteligencia, se haga con frívolos entretenimientos, que en cierto modo la inhabilitan para ser seriamente cooperadora de un hogar bien organizado.



Todas las ideas que vamos exponiendo sobre la educación de la mujer, contenidas en *La mujer del porvenir*, fueron afirmadas y mejoradas en *La mujer en su casa*. El tipo de «mujer de su casa» que circulaba por la sociedad de Concepción Arenal era de perfección restringida. Aquella mujer que no pensaba más que en su casa, en su marido y en sus hijos, era una mujer perfecta. Para Concepción Arenal, este tipo femenino era medieval. Las sociedades modernas son libres, y sólo son perfectas cuando todos los individuos que las constituyen, además de sus fines individuales, cumplen con los sociales que la vida impone. La mujer de casa, está bien, sí, pero resulta incompleta: «Esta mujer podría compararse a un excelente aparato que, en medio del mar tempestuoso, mantuviese la nave a flote, pero que no le permitiera andar».

Concepción Arenal, con todo el brío de su inteligencia, nos convence de que si ha de cumplirse la eterna ley del progreso, debemos educar a la mujer para que ayude en la obra social. Se dice que a la mujer que se ocupa en las cosas de afuera, le faltará tiempo para las de casa.

Pero, educada la mujer, ¿no aprenderá a hacer del tiempo un tesoro? El tiempo, sobra. La cuestión es no malgastarlo. El tiempo bien aprovechado «es el error que se rectifica, la verdad que se aprende y que se enseña, el mal que se evita,

el consuelo que se da, la aptitud que se adquiere para la plenitud de la existencia, y el racional y puro goce de muchos bienes que están en el mundo físico y espiritual, como rico venero de mina desconocida...»

Resumiendo las dos obras que directamente tratan de la educación de la mujer, podemos decir que el pensamiento de la autora estuvo constantemente preocupado por elevar socialmente a aquéllas, para que, en cualquiera de sus situaciones, pudiera afrontar la vida con serenidad y ser elemento de cariño y de progreso.



Ni en el mundo de la materia ni en el del espíritu se pierden los esfuerzos. Los intentos generosos de Concepción Arenal, en orden al verdadero feminismo, se han visto coronados por el éxito. En España, desde el principio del siglo XX a nuestros días, la mujer ha visto abiertas las posibilidades de su actuación social por una educación adecuada. La Universidad, la Escuela Normal, las escuelas de Comercio, las del Hogar y las de adultas, nos han formado una pléyade de mujeres que son honra de las profesiones que ejercen. Ciertamente que la masa general popular del elemento femenino no adquiere más cultura que la de la escuela primaria. Pero los hombres que figuran en las avanzadas del intelectualismo no creen ya en la inferioridad intelectual del «sexo débil».

Y si de España pasamos al extranjero, nos admira el número de establecimientos docentes con que la mujer cuenta para su preparación doméstica y social.

Los que han vivido las clases de las escuelas superiores de niñas en Alemania, Bélgica, Suiza y Francia, se explican bien cómo, en los momentos difíciles por que la gran guerra hizo pasar a tres de las naciones citadas, la mujer, libre de la lucha en el campo, pudo salvar al pueblo, haciéndose

cargo de las funciones que los hombres se vieron obligados a dejar para tomar las armas.



Preciso es terminar. Siguiendo el pensamiento de la por tantos conceptos ilustre Concepción Arenal, insistiremos en que la cuestión social es en gran parte cuestión pedagógica, porque para las colectividades, como para los individuos, en la manera de *ser* influye la manera de *pensar*, y en la de *pensar*, la de *saber*. La profunda pensadora cuenta en su sistema con el esfuerzo espiritual para la redención humana. Ve en el esfuerzo, que es dolor, un recio estimulante de la propia perfección. La pedagogía moderna ve en el medio indicado una causa eficiente de la educación.

Nadie como la polígrafa española consideró al desgraciado como un ser falto de medios materiales y de educación, y de todas sus páginas se sale confortado, pensando, con Julio Simón, que la obra ampliamente educadora sólo se produce con garantías de éxito cuando «un espíritu forma otro espíritu y un corazón otro corazón». Concepción Arenal no se impacienta. Para «corregir, esperar». Hay que saber perder tiempo en la obra de la educación, había dicho Rousseau. Y se muestra como conocedora del poder del sentimiento cuando, para desarraigar malos hábitos, trata de despertar en el obrero sentimientos opuestos a los que engendraron aquéllos, fortaleciendo, además, todos los que puedan conducir al educando a una autoformación.

Y cuando aconseja que no mostremos a quien tratemos de corregir, de continuo, su vileza, piensa en lo que Spinoza llama «modestia o humanitas», virtud que consiste en abstenerse de contar los vicios y de mentar las debilidades humanas, procurando, en cambio, hablar mucho de las virtudes y de los medios para conseguirlas.

Concepción Arenal es en todas sus obras una educadora.

Cuantos se han formado en ellas creen fervorosamente en el ideal que de las mismas se desprende, en la emoción que lleva a su alma el que las lee.

A veces, en aquellos libros que por su título parecen menos pedagógicos, hay más pensamiento educador. Los libros de la escritora ferrolana, española y universal, están llenos de ideas que, profesadas con fe, redimen. Propagar éstas es obra de buenos, es lucha contra la indiferencia, acto de amor para la buena causa de la cultura, que « la ignorancia, abandonada a sí misma, es invencible ».







Precio de este ejemplar:  
**0,50 céntimos.**